

Nueva York a mediados del siglo XIX, por H. Sebron (Museo Franco-Americano, París). Durante este siglo, las colonias norteamericanas independizadas de Gran Bretaña fueron adquiriendo los territorios que limitaban con ellas y proporcionando a Estados Unidos su fisonomía actual. Una tragedia interna, en que los estados del Norte se impusieron a los del Sur, consolidó su fusión y les permitió lanzarse a una franca política de expansión.

Desarrollo y consolidación de los Estados Unidos

La Constitución de los Estados Unidos tenía el mérito y el defecto de su máximo laconismo. Cabría toda ella en dos páginas de este libro. Los *coloniales* del Congreso de Filadelfia del año 1787 la habían redactado con vaguedad que se prestaba a varias interpretaciones. Esperaban que se iría precisando al crecer la Unión y que los cambios sociales y políticos que traerían los tiempos podrían incorporarse con simples enmiendas a la Carta constitucional. Esto era extremadamente peligroso; las antiguas colonias tenían encontrados intereses que tratarían de defender con las diferentes interpretaciones a que se prestaba la vaguedad de la Constitución.

Muchos de los nuevos órganos de gobierno que aparecen en la Constitución de los Estados Unidos nos son hoy familiares y hasta algunos se han hecho ya anacrónicos. Pero en su tiempo eran grandes novedades... Así no es de extrañar que sus autores se sintieran obligados a gran reserva y casi ambigüedad. La idea de una república con presidente elegido cada cuatro años, en lugar de monarca hereditario, era un experimento arriesgado en 1789, antes de la Revolución francesa. Además se introducían nuevos tipos de autoridad. El Congreso o Parlamento con dos Cámaras, imitación de las inglesas, tenía jurisdicción sobre el presidente. Las atribuciones de éste eran poco precisas. Podía con su voto anular una ley, pero las Cámaras podían votarla por segunda vez, y entonces el presidente tenía que sancionarla. Se instituía una autoridad nueva: el Tribunal Supremo, con jurisdicción sobre el Congre-



Aspecto parcial de un rancho de Texas. Tras la compra de la Luisiana a Francia, Florida a España y la adquisición de Oregón, enormes extensiones casi despobladas pertenecientes a México se ofrecían a los Estados Unidos. La falta de visión del presidente Santa Anna, que impulsó la inmigración norteamericana en territorio de Texas, facilitó, junto con la inestabilidad política del propio México, la intervención de Estados Unidos en esta región.

so y el presidente, pero no se precisaba cuántos jueces tendría el Tribunal ni sus exactas atribuciones. Sobre todo quedaba indefinido el punto capital. ¿Dónde radicaba la soberanía? La Constitución parecía prejuzgar que las antiguas colonias inglesas, que desde entonces se llamarían estados, continuaban siendo árbitros de sus destinos cada una de por sí, y que se confederaban sólo en Unión temporal para su "tranquilidad y defensa". Pero cabía también la otra interpretación de la Constitución, esto es, que la Unión era una nueva persona política con plenos derechos y autoridad sobre las antiguas colonias, que habían transferido a aquélla sus prerrogativas de independencia.

Un rastro de esta duda, como un estigma, quedará para siempre palpable en el nombre que se dio a la Unión. Se la llamó en la Constitución, y oficialmente se llama todavía, "Estados Unidos de América", no "Estados Unidos de Norteamérica", y no se le dio un nombre personal o geográfico como los de Bolivia, Colombia, Australia. Esto da interés apasionante a la historia de la Unión norteamericana, porque ha sido y aún es *a nation in the making* (una nación que se está haciendo, una nación en el yunque).

En otro lugar de esta obra ya hemos explicado que este punto de la soberanía quedó mal definido en la Constitución porque, cuando la redactaba el Congreso de Filadelfia, Thomas Jefferson estaba en París de embajador y no pudo imponer sus ideas de soberanía de los estados. Prevalecieron las ideas de su adversario, Alexander Hamilton, que soñaba con una nación americana enteramente nueva, sin la rémora de los antiguos localismos y prejuicios coloniales.

La influencia de Hamilton fue enorme en su tiempo y continúa todavía siéndolo en los Estados Unidos; pero murió pronto, en un duelo, y la tendencia unificadora federalista fue de momento desviada por su opuesta, la dirección "republicana". Con este calificativo se entendían entonces los partidarios de la supremacía de los derechos del individuo y de los estados sobre los de la Unión. Su doctrina se hacía derivar del tratado *De Re Publica* de Cicerón y su principal exponente era Jefferson. Éste era un "filósofo" colonial, con las ideas y maneras de los antiguos romanos, que parecían revivir en los terratenientes de Virginia y otros estados del Sur. Jefferson fue elegido tercer presidente de los Estados Unidos, después de Washington y Adams, y pudo por lo menos frenar la tendencia unificadora durante su gobierno.

Sin embargo, era imposible mantener estricta la doctrina de la independencia de los

estados porque la Unión iba adquiriendo, por expansión natural, nuevos territorios más allá de las antiguas fronteras coloniales. El propio Jefferson, en el tiempo que fue presidente, tuvo que comprar la Luisiana a Francia por quince millones de dólares. Decimos que "tuvo" porque casi se vio obligado a llevar a cabo aquel negocio. Como hemos dicho ya, la Luisiana, en su origen francesa, se había cedido a España y ésta a su vez, en 1801, la reintegraba a Francia, entonces en pleno período napoleónico. Era peligroso dejar un territorio vecino a los Estados Unidos, con la agravante de estar allí la desembocadura del Mississippi, en poder de Bonaparte. Podía entrarle el deseo de conquistar a América como fue a Egipto y Siria, con la excusa de atacar a Inglaterra por el Canadá. Podía, por lo menos, cerrar las entradas del gran río, embotellando el comercio americano desde Nueva Orleáns.

A la adquisición de Luisiana siguió la de la Florida, de España, en 1810-1819, por cinco millones de dólares, con una frontera ambigua, mal limitada, que podía originar toda clase de conflictos. ¿A quién pertenecerían estos nuevos territorios? No podían adjudicarse en parcelas a los estados federados porque estos nuevos territorios estaban todos al sur de la Unión. ¿Quién los defendería en caso de ataque? ¿Cómo se organizarían y administrarían?... Ni Jefferson ni ningún demócrata de su tiempo pensaron que pudieran ascender a la categoría de estados con los mismos derechos de los que se habían creado de las antiguas colonias. Al engrandecimiento de la Unión con Florida y Luisiana siguió la anexión del vasto territorio llamado Oregón, que iba desde la frontera imprecisa de Luisiana hasta el Pacífico. Inglaterra disputaba aquellos inmensos espacios, como natural expansión de sus posesiones en el Norte. La disputa duró largos años, y el león británico rugió y enseñó las uñas; pero el presidente Polk dijo que "a John Bull (Inglaterra) hay que mirarle de frente sin pestañear", y ocupó resueltamente todo lo que era o podía ser Oregón hasta el paralelo 49, que ha quedado constituyendo de manera definitiva la frontera entre el Canadá y los Estados Unidos.

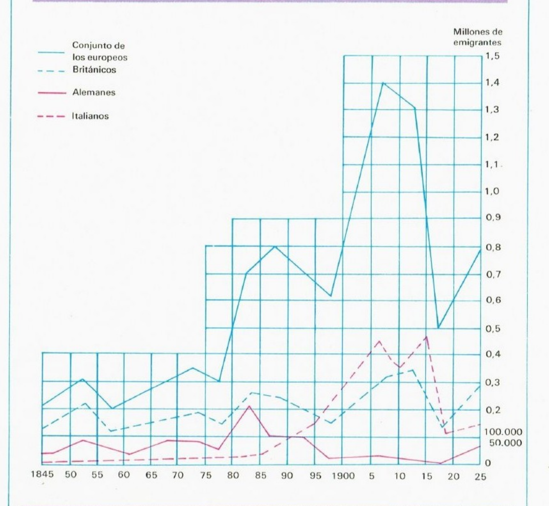
Casi contemporáneamente vino la anexión de Texas y aún más: la cesión de Nuevo México, Arizona y California. Texas era una región de México reunida a Cohahuila, casi enteramente desierta antes de llegar colonos norteamericanos. Para dar idea de lo que era Texas, sólo diremos que el actual estado tiene una anchura de más de 1.200 kilómetros; hay desiertos rocosos hasta la región de bosques y pantanos del golfo. La inmigración de norteamericanos a Texas –¡cosa extraña!– fue promovida por el gobierno mexicano. En 1823, el emperador Iturbide confirmaba a un norteamericano llamado Stephen Austin la concesión de la más fértil región de Texas con la condición de que estableciera en ella doscientas familias. En 1824, el Congreso mexicano, prosiguiendo la política suicida de importar extranjeros, ofrecía la concesión de 66.000 acres de terreno a todo aquel que pudiera persuadir a doscientas familias a emigrar a Texas. Cada familia recibía su lote particular de 177 acres de terreno arable, o 4.428 acres de terreno para pastos o leña. Esto independientemente de los 66.000 acres que se regalaban al "empresario". Los miles de acres eran baratos en Texas. A Robert Owen, de quien hemos hablado en el capítulo del socialismo romántico de principios de siglo, el gobierno mexicano le ofreció una zona de 260 kilómetros cuadrados en Texas para establecer su colonia socialista. La concesión no llegó a ratificarse porque Owen insistió en que debía permitirse la libertad religiosa en su colonia, y

Restos de la misión de El Álamo, en San Antonio (Texas), donde se refugiaron doscientos texanos que se habían declarado independientes de México y a quienes Santa Anna eliminó; con ello provocó un levantamiento general, cuyas fuerzas derrotaron al presidente mexicano en el río San Jacinto y le hicieron prisionero. Ello consagró la independencia de Texas, que pronto se adhirió a Estados Unidos.



175

LA EMIGRACION EUROPEA Y LOS ESTADOS UNIDOS



Aunque el volumen total es muy difícil de establecer, se calcula que no menos de 40 millones de europeos abandonaron el continente entre 1800 y 1930. Los Estados Unidos acogieron a la mayoría de ellos. La evolución económica de los países de salida y llegada determina el ritmo y volumen de la emigración a lo largo del siglo. Entre 1871 y 1921, el período crucial de la inmigración en los Estados Unidos, llegaron al país 24.674.000 europeos. Tras la guerra de Secesión, la nación entraba en lo que Rostow ha denominado "la etapa de madurez" de su economía. Las necesidades de mano de obra, tanto para la industria como para la roturación de nuevas tierras, eran apremiantes. El gobierno federal alentó el movimiento con una legislación favorable a la adquisición de tierras por los inmigrantes y a su rápida nacionalización. Se crearon servicios de propaganda y oficinas de inmigración en las principales ciudades europeas. Hasta 1880-1885 sólo una minoría de los recién llegados procedía de la Europa latina, pero desde entonces esta corriente, compuesta sobre todo de italianos, no dejó de engrosarse. Las dificultades de asimilación y la hostilidad constante de algunos sectores de la nación americana a la emigración –como los Sindicatos– triunfaron en las leyes restrictivas de 1920.

entonces, en el año 1830, México era todavía católico acérrimo.

Con estas y otras liberalidades, el gobierno mexicano había logrado introducir en Texas hacia el 1834 dieciocho mil emigrantes norteamericanos con dos mil esclavos. Los mexicanos que residían de antiguo en el país no llegaban a cuatro mil. Ocurrió lo que necesariamente tenía que ocurrir, por estar Texas tan alejado del centro de la nación mexicana y haber ya empezado en México el período revolucionario. En el año 1835, el dictador Santa Anna proclamó una constitución unificadora de México, que dejó a los colonos de Texas a merced de cualquier funcionario de la capital. Los "empresarios" y colonos de Texas, irritados, establecieron un gobierno provisional; Santa Anna invadió Texas y sacrificó hasta el último hombre de la guarnición de 200 rebeldes separatistas texanos en la misión de El Álamo, cerca de San Antonio. La crueldad de Santa Anna ocasionó un levantamiento general en Texas, y Sam Houston, con su milicia improvisada de colonos, derrotó a Santa Anna, haciéndole prisionero y desbandando al ejército mexicano en la batalla de San Jacinto. Estas dos acciones, la defensa de El Álamo y la victoria sobre Santa Anna en las márgenes del río San Jacinto, consolidaron la independencia de Texas, que se organizó en estado independiente con bandera de estrella solitaria. Pronto fue a reunirse a las otras trece del pabellón norteamericano. Pero la consecuencia fue una guerra entre México y los Estados Unidos. Los norteamericanos invadieron el territorio mexicano por la vía de Texas y la de Veracruz. Conquistada la capital, impusieron un tratado que negoció el poco escrupuloso Santa Anna. Por este tratado, llamado de Guadalupe-Hidalgo (febrero de 1848), México cedía a los Estados Unidos no sólo sus derechos sobre Texas, sino toda la región al norte de Río Grande que comprendía Nuevo México, Arizona y la California superior, recibiendo en compensación quince millones de dólares, la mitad de lo que estaban autorizados a ofrecer los diplomáticos norteamericanos.

Contemplando el mapa, asombra la enormidad de lo que conquistaron los Estados Unidos con una intervención militar que duró pocos meses; pero hay que tener en cuenta que México estaba entonces en una condición de anarquía tal, que los vencedores creyeron ser generosos contentándose con los territorios deshabitados del Norte y aun desembolsando una propina. Al enviar el presidente el tratado de Guadalupe-Hidalgo al Senado para que lo aprobara, fue discutido tenazmente por el grupo de senadores que representaban, según decían, la mayoría de la opinión popular, y pedían insistentemente la anexión de todo México.

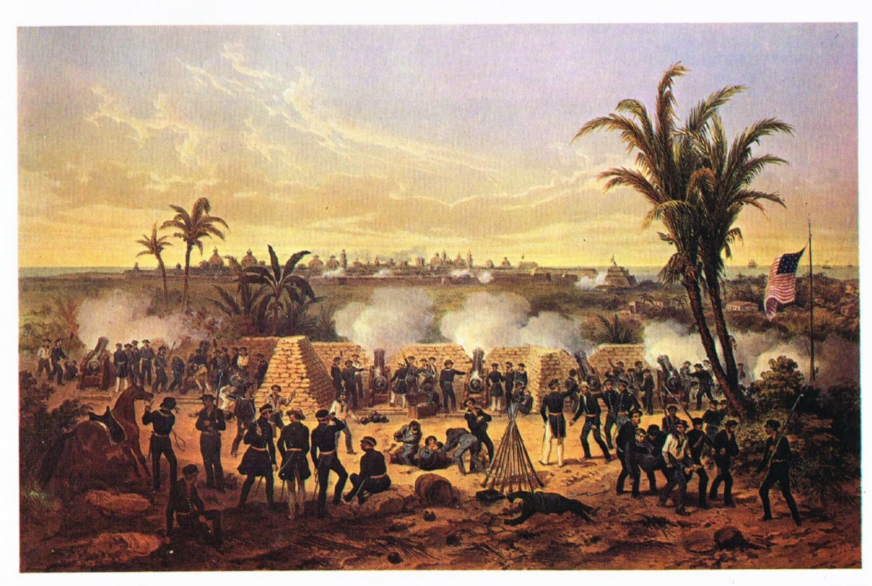
El convenio con Inglaterra para legalizar la ocupación de Oregón (1846) y el tratado de Guadalupe-Hidalgo (1848) redondearon las posesiones de la Unión americana en el continente, dándole casi las fronteras actuales. Pero estos engrandecimientos hicieron más agudas las controversias políticas de la doble interpretación de la Constitución. Ya hemos visto que el mismo Jefferson había te-

nido que claudicar de sus teorías democráticas de soberanía popular de los estados. Pronto se sintió la necesidad de construir marina, caminos interestatales y establecer un Banco Central, y esto no podía hacerlo más que el gobierno federal. Los servicios de gobierno y administración de la Unión, que al principio se creyó que podrían sostenerse con cuotas de los estados, crecieron hasta obligar a imponer contribuciones directas. Además había la enojosa disputa de las tarifas aduaneras, que si convenían a proteccionistas de los estados del Norte, que empezaban a crear la industria americana, eran enojosas para los estados del Sur, productores de algodón, que hubieran preferido un régimen librecambista.

Pero lo que agriaba más las relaciones entre los estados del Norte y los del Sur eran los conflictos que producía la esclavitud. Los estados del Norte, habitados por puritanos y cuáqueros, habían abolido la esclavitud muy pronto, pero sentían escrúpulos de pertenecer a la Unión, que permitía el comercio y posesión de esclavos en ciertos estados, y sobre todo en los territorios recientemente adquiridos. La responsabilidad les tocaba directamente, porque si bien la Unión no podía intervenir en el régimen económico interior de los estados del Sur, que eran decididamente esclavistas, en los territorios adquiridos por compra o por conquista era crimen o pecado de toda la Unión la tolerancia de la esclavitud.

Al fundarse la Unión, las dos tendencias, abolicionista y esclavista, estaban equilibradas; había tantos estados que permitían la esclavitud como estados que la prohibían. Cuando entraba en la Unión un estado nuevo esclavista, como Texas, se tenía cuidado de ascender a la categoría de estado un territorio de la región del Norte, donde no se admitían esclavos. En dos ocasiones, para no perder el equilibrio o empate de votos en el Senado (donde los estados, grandes y pequeños, viejos y nuevos, tenían igual voto), se empleó la estratagema de dividir los estados antiguos abolicionistas para que no predominaran los esclavistas. El Congreso o Parlamento de la Unión concertó entre ambos partidos compromisos o arreglos, estableciendo que a partir de ciertas líneas de demarcación no se permitiría la esclavitud, pero los arreglos no fueron duraderos porque

Sitio de Veracruz por las tropas norteamericanas (Biblioteca Nacional, París). La independencia de Texas no impidió la guerra entre México y Estados Unidos, cuyas tropas entraron en la ciudad de México e impusieron un oneroso tratado a Santa Anna, por el cual pasaban a Estados Unidos Nuevo México, Arizona, Nevada, California, Utah y parte de Colorado.

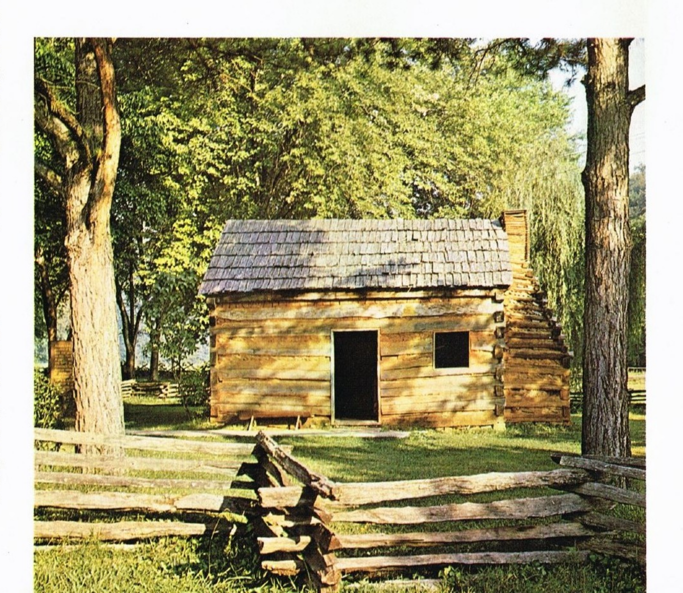


no satisfacían enteramente a ninguna de las partes.

Debajo de esta divergencia que representaban las doctrinas abolicionistas y esclavistas revivía la antigua rivalidad de federalistas y republicanos de Hamilton y Jefferson. Los "caballeros" y "aristócratas" del Sur, jefersonianos a rabiar, se enojaban sólo de oír enunciar la teoría de que el gobierno de la Unión podía intervenir en la policía y régimen económico de sus haciendas. Es probable que, de no haberse sentido ofendidos por la literatura humanitaria de los abolicionistas del Norte, la esclavitud se hubiera gradualmente extinguido en el Sur. Más que continuar manteniendo esclavos, lo que defendían los sudistas era su derecho a tenerlos. Inglaterra había ya abolido la esclavitud. Se había abolido en México en los primeros días de la revolución, como se abolió en Sudamérica; era y es un sistema anticuado y caro, que no puede sostenerse en cuanto la Humanidad consigue cierta época de progreso. Ya Varrón, en la Roma republicana, aconsejaba a los campesinos que empleasen obreros asalariados, en lugar de esclavos, para trabajos que precisaban rapidez, como el de la siega. Los trabajos que se requerían entonces en los Estados Unidos –la construcción de carreteras y ferrocarriles– no podían tampoco confiarse a esclavos. Hubo que importar multitudes de irlandeses e italianos, que probaban a los



Harriet Beecher Stowe, por A. Fisher (The National Portrait Gallery, Washington). La adquisición de nuevos territorios planteaba el problema de la extensión de la esclavitud, mal vista por los estados del Norte, problema que a su vez ocultaba una pugna económica entre partidarios del proteccionismo (Norte) y del libre cambio (Sur). La obra de Harriet Beecher Stowe, "La cabaña del Tío Tom", contribuyó más que cualquier otra circunstancia a crear una conciencia antiesclavista.



La Knob Creek Farm, casa donde transcurrió la infancia de Abraham Lincoln, en Kentucky. Los antiesclavistas norteamericanos encontraron en Lincoln al líder que los nuevos tiempos reclamaban para acabar con aquel estado de cosas. Su elección como presidente de los Estados Unidos significó el inicio de la guerra de Secesión norteamericana.

IMPERIALISMO Y RACISMO EN NORTEAMERICA

Sería absurdo a todas luces caer en el tópico que pretende hacer creer que sólo en las zonas europeas han practicado actividades racistas los anglosajones, los germanos y los eslavos, especialmente los primeros. Hoy día, sin escandalizarse nadie más de lo que es debido ante lo que los hispanos, lusos y españoles, hicieron en sus etapas de conquista y de ocupación colonial, los problemas racistas se contemplan evidentemente desde un enfoque más amplio y comprensivo. Sin embargo, continuará siendo un problema o, mejor dicho, un "caso" de especial relevancia y significación el del racismo de los pueblos oriundos de la vieja cuna de la Unión que, mezclado a otros sentimientos de blancos emigrantes, crea en los Estados Unidos una compleja serie de fenómenos racistas que, a su vez, son imposibles de comprender separados de las realidades imperialistas que presiden el expansionismo de los Estados Unidos.

En efecto, mientras el crecimiento de los jóvenes estados de la Unión –tanto desde el punto de la expansión territorial como el del aumento de habitantes– dependería durante muchas décadas de la inmigración exterior, el mencionado crecimiento se vinculó asimismo desde un principio prácticamente a unas concretas acciones racistas. Es decir, por ejemplo, mientras se recibía al inmigrante europeo, se expulsaba, exterminaba o discriminaba al ocupante de los nuevos territorios en manos de los Estados Unidos. De esta forma, no sólo aparecerán medidas racistas de distinta índole frente al "indio", sino también frente a los que comúnmente vienen siendo conocidos como "chicanos", es decir, los habitantes no-indios de los territorios ocupados a México (antigua colonia hispana).

Incluso respecto al inmigrante hubo una serie de reacciones discriminatorias. No nos referiremos ahora a las tentativas de legislación restrictiva de 1789 o incluso a la histeria conocida con la denominación *Know-Nothing*, entre 1840 y 1860, que trataría de llevar adelante prácticas restrictivas y xenófobas. Fundamentalmente nos referimos ahora al inmigrante de color, en su mayoría asiático, en especial chino o japonés, siempre mal visto y que en la práctica pasaría a ser la víctima propiciatoria de cierto tipo de racismo. Así ocurrió, por ejemplo, con los chinos, a los que prácticamente sólo se permitía ocupación de muy baja categoría social, cuya inmigración, por motivos coyunturales norteamericanos muy comprensibles, aumentó durante la década 1850-1860 y alcanzó su punto culminante en 1882 con la entrada de unos 40.000, fecha a partir de la cual se establecería una política severamente restrictiva. Con respecto a los japoneses se llegaría a prohibir su emigración a los Estados Unidos a partir del primero de enero de 1924.

Pero en la práctica la sociedad de los Estados Unidos, en franca expansión y practicando un abierto y poderoso imperialismo, utilizaría además fórmulas discriminatorias y racistas respecto a los mismos inmigrantes procedentes de Europa. En este sentido serían siempre mejor considerados y recibidos los anglosajones, germanos y escandinavos, con preferencia muy ostensible respecto a los irlandeses, eslavos, latinos, griegos y armenios. Finalmente, cuando la culminación de los objetivos expansionistas e imperialistas norteamericanos llegaron a su ápice, entrado ya el presente siglo, se procedió sin ambages a votar una legislación restrictiva de la inmigración en 1921, que establecería unas cuotas o "cupos" muy restringidos de entrada de emigrantes en los Estados Unidos, de acuerdo con los valores discriminatorios y racistas antes mencionados.

Y si, por ejemplo, será tópico decir durante mucho tiempo que los irlandeses se convertirían en guardias o policías en los Estados Unidos, no deja de ser cierto el hecho de que si, pongamos por caso, entre 1900 y 1930 se permite establecer –por necesidades de mano de obra– a 750.000 inmigrantes "chicanos" o mexicanos, será para ocuparlos en los más pesados trabajos agrícolas, así como en desagradables trabajos en ferrocarriles y construcción en Texas, California y, especialmente, en Arizona. Paralelamente, al negro –pretexto de una brutal, larga y sangrienta guerra civil– se le considerará durante mucho tiempo y en muchos estados, tanto del Sur como del Norte, como un auténtico inferior, mano de obra barata y que, en todo caso, sólo podría servir, como ha señalado algún conocido literato (haciendo irónica y triste mención de un hecho lamentable), para ser limpiabotas y, a lo máximo, con la época dorada del jazz y sus análogos y secuelas, un cantante, un bailarín, un artista. Es decir, podría quizá llegar a ser millonario, pero jamás, en principio, por los medios ortodoxos que usan los dignos blancos del más puro y limpio linaje étnico.

Estos problemas de chicanos, negros y de inmigrantes de Puerto Rico (a partir de 1898) han venido manteniéndose hasta nuestros días y constituyen, evidentemente, el talón de Aquiles del tópicamente denominado "paraíso americano". Un talón de Aquiles que se patentiza tan claramente en las luchas de exterminio contra los "indios" (y la ubicación de los supervivientes en "reservas") como en la esclavitud, ya superada, de los negros del Sur o en la discriminación –todavía existente–, frente a las minorías de negros, de otros grupos de color, chicanos o inmigrantes de Puerto Rico. De esta forma, a lo largo de dos siglos escasos de historia de los Estados Unidos de América, la conexión entre imperialismo, racismo y formas discriminatorias varias constituye un capítulo, más bien una faceta no precisamente positiva de su todavía joven historia.

A. J.

esclavistas ser mucho más baratos y eficaces que los esclavos negros.

En la inmensa mayoría de los casos, el propietario esclavista del Sur, que pintaban como un monstruo de crueldad los folletos abolicionistas del Norte, era un caballero de modales distinguidos, manirroto sólo para su hacienda. Los tres o cuatro esclavos que mantenía eran su vieja nodriza, el cochero de su padre, un muchacho huérfano adoptado, la cocinera negra orgullosa de sus guisados. Todos se habían de tal modo identificado con la casa y la familia de su amo, que separados de ella hubieran perecido.

Todavía hoy ciertas haciendas o plantaciones del sur de los Estados Unidos conservan medio arruinado el departamento donde estaban alojados los esclavos. Lugar siniestro y malsano, aunque no peor que los barrios obreros de Lille, Mulhouse y otras ciudades industriales de Europa en aquella época. El tipo de amo que azotaba a los esclavos descrito en *La cabaña del Tío Tom* (1851) debía de existir todavía cuando se discutían los derechos de la Unión a permitir la esclavitud, pero era un personaje anacrónico, condenado a desaparecer. Sin embargo, las excepciones de crueldad y violencia con los



Philip Sheridan, por T. B. Read (The National Portrait Gallery, Washington). Este general, junto con Sherman, realizó la famosa cabalgada desde el Mississippi a la costa atlántica.

esclavos contribuían a que algunos escapasen a los estados del Norte, y el gobierno federal no tenía más remedio que prenderlos y devolverlos a sus amos. Los cuáqueros antiesclavistas escondían y protegían a los fugitivos, y su aprehensión por el gobierno federal ocasionaba motines, derramamiento de sangre y gastos. Un esclavo negro escapado en 1854 costó a la Unión 40.000 dólares para reintegrarlo al Sur. En 1859, un exaltado llamado Brown marchó a Virginia con un grupo de antiesclavistas y se apoderó de un arsenal con objeto de armar a los negros, excitándolos a rebelarse. La intentona fracasó; Brown fue ahorcado, pero murió desafiando a la Unión y reprochando al pueblo la vergüenza de tolerar la esclavitud.

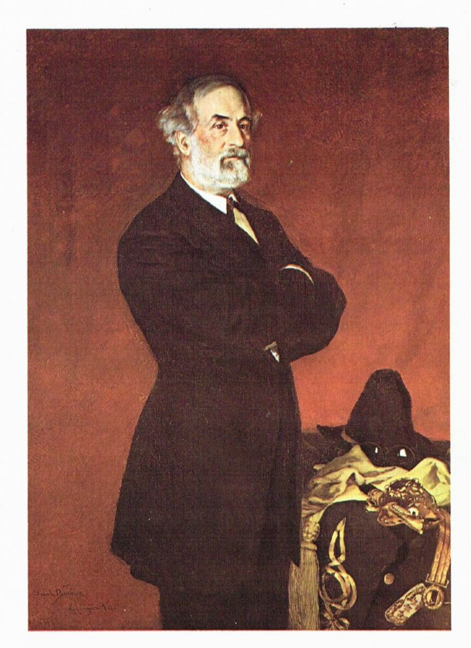
El Tribunal Supremo, como ha hecho siempre y continúa haciendo todavía en los Estados Unidos, no sirvió más que para embrollar la cuestión. En 1857 tuvo que decidir el pleito de un esclavo llamado Scott, que, apoyado por los abolicionistas, demandaba a su amo porque lo retenía sin concederle la libertad. Fundaba sus derechos en que su amo lo había llevado a residir por algún tiempo en territorio nacional donde no se toleraba la esclavitud. La sentencia del Supremo –¡parece hoy un sueño!– fue contraria al esclavo. Según la sentencia del Supremo, que establece jurisprudencia, un esclavo es como un objeto mueble, y la Unión no tiene derecho a desposeer a nadie de sus bienes. Además, según el inapelable Tribunal, un negro no era ciudadano de los Estados Unidos.

Con aquella sentencia se revalidaron las pretensiones de los estados del Sur. También ellos publicaron sus folletos antiabolicionistas para contrarrestar el efecto de la literatura que se difundía desde el Norte. La esclavitud era el reconocimiento de un hecho biológico: ciertas razas requieren el régimen paternal o tutelar. La Biblia no se opone a la esclavitud; San Pablo da consejos de humildad y paciencia a los esclavos y propone como virtud cristianísima la mansa sumisión a los amos. Las Iglesias protestantes llegaron a dividirse: había la Iglesia metodista del Norte y la Iglesia metodista del Sur; la Baptista abolicionista y la Baptista esclavista.

Entre los argumentos en su favor, los estados del Sur recordaban que en las constituciones estatales de las antiguas colonias se decía concretamente que eran soberanas; así, la Unión era un pacto de conveniencia y revocable. Por ejemplo, la Constitución del estado de Massachusetts (1790), el estado puritano del Norte, decía que "el pueblo de esta república tiene él solo el exclusivo derecho de gobernarse como estado libre independiente y soberano...". La Constitución del estado de Connecticut, también al Norte (1776), declara que "el pueblo de este estado, siendo por la voluntad de Dios libre e independiente, tiene él solo el exclusivo derecho de gobernarse como libre, independiente y soberano". Pennsylvania (1776) tiene en su Constitución un párrafo análogo. La Constitución de Virginia va un paso más allá y reconoce el derecho del pueblo de cambiar, alterar o abolir aquel gobierno que la mayoría de las gentes del estado considerare contrario al bien común. Maryland, en su Constitución de 1776, legitima la revolución o separación con este párrafo: "La doctrina de la pasividad (no resistencia) en el caso de un gobierno arbitrario y opresor es absurda, esclavizadora y destructiva del bienestar y la felicidad de los gobernados".

Es, pues, evidente que las Constituciones estatales anteriores a la Constitución federal de 1787 presuponían la completa soberanía de cada estado que entraba en la Unión con todos los derechos de una nación independiente. La Constitución federal no implicaba ninguna renuncia de derechos; los estados se asociaban, según dice el texto, en unión "perfecta", sin declarar que fuera completa e irrevocable. Esclavistas y librecambistas del Sur sostenían todo lo contrario; decían que podían separarse en todo o en parte, y que podían rechazar aquellas leyes del Congreso de la Unión que no les convinieran a ellos particularmente. La técnica de repudiar una ley federal por uno o varios estados se llamó "nulificación" (anulación); los disidentes no votaban ninguna ley contraria a la que no les convenía; ni se rebelaban para no aplicarla; simplemente la sabotearon no haciendo ningún caso de sus disposiciones. La "nulificación" era una especie de huelga de los deberes de ciudadanía. La doctrina constitucional, mejor dicho, anticonstitucional, de la "nulificación" parece que no podía proponerse más que como procedimiento revolucionario, pero se propugnó como fórmula legal en innumerables folletos por los esclavistas, y se resucitó todavía en este siglo, para no aplicar la ley de la prohibición de bebidas alcohólicas por los que eran contrarios a la "ley seca". Pero actualmente la Unión americana ha llegado ya a fusionarse de tal modo, que el continuar un procedimiento de "nulificación" traería como consecuencia inevitable la represión por parte de los organismos federales.

Pero en 1857 la política antiesclavista y las tarifas proteccionistas produjeron innumerables intentos de "nulificación". Todo esto se debatió en una serie de controversias públicas al aire libre en el estado de Illinois,



El general Robert Edward Lee, jefe del ejército confederado, por F. Buchser (Kunstmuseum, Berna).

UNA NUEVA INTERPRETACION DEL PAPEL DE LA INMIGRACION EN LOS ESTADOS UNIDOS

Tradicionalmente, los historiadores americanos han distinguido dos grandes etapas en el movimiento de emigración hacia los Estados Unidos: el período que va desde el siglo XVIII hasta 1880, de emigración predominantemente anglosajona, y el período desde 1880 hasta nuestros días, en el cual una mayoría de los emigrantes vienen del centro, sur o este de Europa.

Ya en 1782, H. Saint-John Crèvecoeur ("Letter from an American Farmer") calificaba la emigración como el hecho constitutivo de los Estados Unidos. De la fusión de grupos de orígenes diversos y de la acción homogeneizadora del medio físico y las instituciones republicanas surgirá una nueva raza que dará origen a la nación americana.

La asimilación del emigrante en este primer período supone, sin embargo, una conformación previa a los valores y principios de una cultura blanca anglosajona y protestante.

Es la segunda oleada inmigratoria la que, al encontrar dificultades para acomodarse a los valores propuestos, pondrá en cuestión la propia asimilación. Se producen entonces diferentes reacciones en el país.

Para otros pensadores americanos –H. Kallen, "Culture and Democracy", 1924–, el riesgo que implica la imposición de una cultura anglosajona y protestante amenaza los principios democráticos básicos de la nación: "Los americanos deben elegir entre una cultura del Ku-Klux-Klan o el pluralismo cultural".

El historiador marxista Ch. Beard abandonará el enfoque culturalista de la cuestión. La segunda oleada inmigratoria ha coincidido con la plena expansión del capitalismo norteamericano a finales del siglo XIX. Los inmigrantes supusieron una fuerza de trabajo necesaria que ha ampliado la clase proletaria ya existente y que como tal han participado escasamente en los beneficios económicos. La inasimilación cultural y la marginación de los nuevos inmigrantes es una consecuencia de su explotación como clase.

La tesis de Beard inspirará numerosos trabajos, que demostrarán el radicalismo de los emigrantes, su importante contribución en la difusión del socialismo en Norteamérica y su papel en la lucha obrera y la fundación de los sindicatos americanos.

Los conservadores defenderán los modelos británicos de organización política, económica y cultural como consustanciales a la nueva nación y limitará la asimilación a la adopción de éstos.

Es la ideología recogida en obras como "Inmigration", de H. P. Fairchild (1913); "The passing of the great Race", de M. Grant (1916), o "Les États Unis d'aujourd'hui", de A. Siegfried (1927), y que inspirará todos los movimientos nacionalistas que entre 1914 y 1924 exigen la "americanización" del país.

O. Handlin, representante destacado de la corriente de historiadores americanos que, después de la segunda Guerra Mundial, se esforzaron en destacar la singularidad histórica de los Estados Unidos –una sociedad armónica sin conflictos ni ideologías de clase–, ha propuesto una reinterpretación del papel de la inmigración en la historia americana.

Para Handlin no hay etapas destacables en la inmigración: ésta es un movimiento único y continuo. Durante todo el período, el inmigrante se mueve por un conjunto de aspiraciones que se repiten: deseo de cambio y aventura, posibilidad de labrarse un porvenir más afortunado en un nuevo continente, amor a la naturaleza en estado salvaje, intento de conseguir una mayor libertad, etc. La motivación económica ni es la única ni es la más importante. Una vez en el país, todo inmigrante sufre la misma experiencia: fuerte sensación de desarraigo, angustia y problemas ante la readaptación.

Toda la población americana proviene de la emigración. El inmigrante es a su llegada el caso límite de una condición general. La cualidad de inmigrantes, común a todos los americanos, es el factor formativo de la nacionalidad americana.

Según Handlin: "Una sociedad obligada a tolerar una multitud de grupos étnicos diferentes ha debido desarrollarse de una manera pluralista y reconocer el derecho de cada grupo a tener sus modos de vida propios, sin sufrir por eso discriminación o privación de sus derechos".

El equilibrio de los Estados Unidos resulta de la combinación de grupos distintos que comparten el poder. No existen marginaciones ni motivos de tensión.

Se niega el radicalismo de los inmigrantes.

La agitación obrera no es efecto de una conciencia de clase, sino del desarraigo y los factores emocionales.

El movimiento antiinmigratorio es una reacción apasionada en defensa del modo de ser americano.

Consideración abstracta de la emigración.

Reducción del problema de la emigración a fenómeno psicológico.

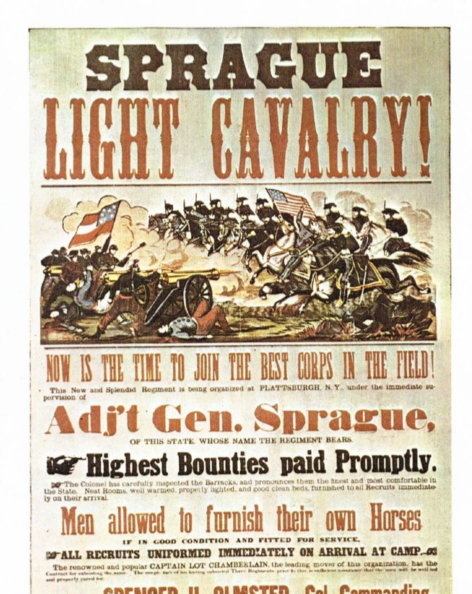
Deducciones lógicas se postulan como hechos reales.

La ideología pluralista recubre una situación de hecho: la existencia de una clase dominante blanca, anglosajona y protestante, que representa menos de un tercio de la población.

La nación americana no se ha creado por fusión, sino por yuxtaposición de estratos sucesivos de minorías relegadas por el grupo dominante a la clase que sirve a sus propios intereses.

R. Ertel, G. Fabre, E. Marienstras: "En marge, les minorités aux États-Unis" (1970).

Arriba, las defensas de la ciudad sudista de Charleston bombardeadas por la armada estadounidense (Biblioteca Nacional, París). A la derecha, cartel editado por el ejército federal en que se piden voluntarios para la Caballería.



entre un rico y elocuente senador, Stephen Douglas, y un oscuro abogado de Springfield, Abraham Lincoln. Algunos párrafos de Lincoln revelaron al pueblo americano que había aparecido, si no un verdadero pensador, por lo menos un creyente a quien no espantaba encararse con la verdad por amarga y desagradable que fuese. He aquí algunos párrafos de Lincoln en sus debates con Douglas. Estamos convencidos de que parecerán insignificantes a los que esperen frases retumbantes y no capten la vibración espiritual que los anima.

"Esclavitud es una manifestación de egoísmo, opuesta al natural amor de justicia. Cuando estos dos principios entran en conflicto siguen inevitablemente choques y convulsiones..."

"Casa dividida debe perecer, dice el Evan-

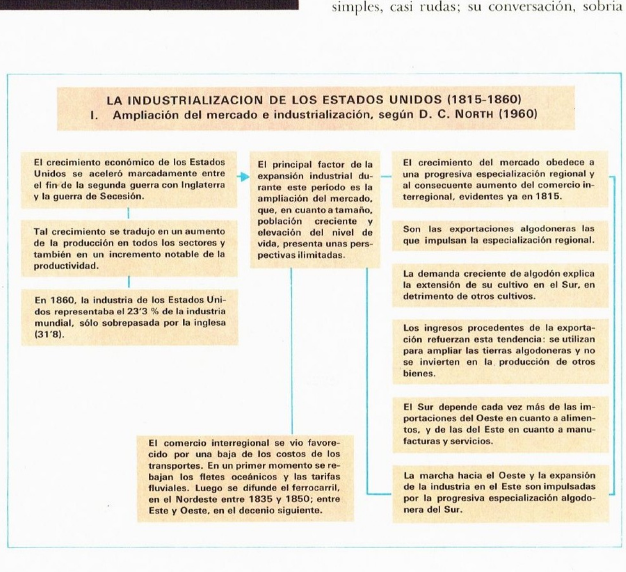
gelio. Yo creo que esta nación no puede continuar la mitad esclava y la mitad libre. No temo que caiga la casa, pero sería aún peor que acabara dividida. O debe ser toda ella esclava o será toda libre..."

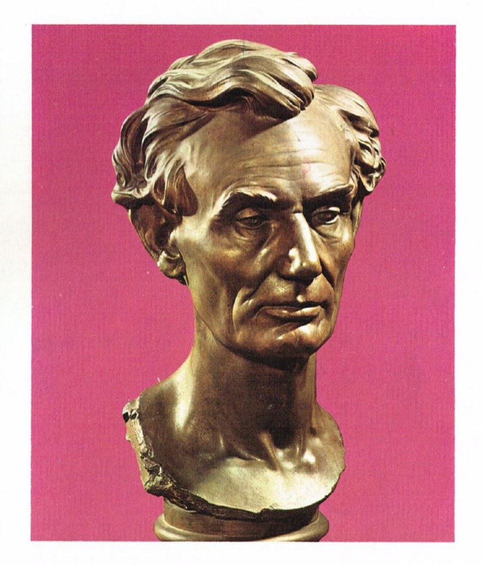
"Si se me diera todo el poder del mundo para remediar este mal, no sabría qué hacer con él. Cuando los esclavistas me recuerdan los derechos constitucionales de los estados, tengo que reconocer que están en lo justo; llegaría hasta a conceder que hay que satisfacerles con una ley para reclamar los esclavos fugitivos... Y, sin embargo, a pesar de mis concesiones, siento que no hay más excusa para permitir la esclavitud que para consentir la trata de negros africanos que ya nadie defiende."

Los debates de Lincoln con Douglas tuvieron más resonancia porque se acercaban las elecciones presidenciales de 1860, y Douglas y Lincoln se presentaban como candidatos. El oscuro abogado de Illinois fue elegido por gran mayoría de votos. No tenía en su favor más que unas cuantas frases de los debates con Douglas que probaban su sinceridad y fortaleza moral. Un hombre con los pobres antecedentes de Lincoln nunca hubiera llegado en Europa a la presidencia de la República. No era político ni escritor; había nacido en una choza y pasó su juventud en los bosques cortando leña. Era de maneras simples, casi rudas; su conversación, sobria



Billetes de 5, 10 y 20 dólares emitidos por la Confederación norteamericana.





A la derecha, busto en bronce de Abraham Lincoln (Museo Franco-Americano, París). El decimosexto presidente de los Estados Unidos, que no era nada experto en materias administrativas, poseyó, en cambio, talento práctico, gran intuición y bondad de carácter. Su asesinato ha contribuido a aureolar aún más su figura. Abajo, caballería del ejército confederado a las órdenes del general Stuart (Biblioteca Nacional, París).

y llana, estaba salpicada de anécdotas y broma grotesca. No era el asceta huraño en continua meditación que se pinta en los retratos, sino un americano práctico y razonable que caía en éxtasis cuando se le revelaba la verdad espiritual más intensamente que a los profesionales del sentimiento. Después de haber recibido una de estas "visitaciones" del espíritu, Lincoln era irresistible, tenaz, infatigable.

Algunos estados del Sur, al conocer la elección de Lincoln, se separaron sin esperar las consecuencias, pero Lincoln, en su discurso inaugural de 4 de marzo de 1861, se



mostró benévolo y confiado de que podría llegarse a un arreglo. "Físicamente, geográficamente, no podemos separarnos... Este gobierno –añadió dirigiéndose a los estados del Sur– no os atacará. Pero yo mantengo, fundándome en la ley universal [acaso quería decir ley natural] y la Constitución [ésta en segundo término], que la Unión de los Estados Unidos es perpetua... Ningún estado puede separarse por su propia voluntad... Yo cuidaré celosamente de que las leyes de la Unión sean aplicadas en todos los estados [aludiendo a la "nulificación"] y el poder que se me ha confiado lo usaré para ocupar y mantener los lugares y puestos que pertenecen al gobierno federal y para cobrar los derechos de aduana y las contribuciones..."

Así Lincoln ofrecía reducir a un mínimo el ejercicio de sus poderes presidenciales. No hablaba de esclavitud. Pensaba entonces, en 1861, que los intereses creados por el régimen esclavista eran de tal importancia, que no podían atacarse sin destruir los estados del Sur y acaso aquella Unión que él declaraba perpetua e irrevocable. Tal era la importancia que se concedía a la organización basada en el trabajo de los esclavos, que Lincoln llegó a ofrecer un tratamiento progresivo de lenta eliminación. Según su oferta,

David Glasgow Farragut, por W. Swain (The National Portrait Gallery, Washington). Farragut, de origen menorquín, fue el primer almirante de la escuadra norteamericana e intervino de manera importante en la guerra de Secesión; entre sus principales hechos destaca el bombardeo de Nueva Orleáns y el desembarco de los 18.000 soldados que ocuparon la ciudad.



Asesinato del presidente Lincoln por el fanático sudista J. W. Booth, según un croquis de M. W. Scott (Biblioteca Nacional, París).





El Lincoln Memorial, erigido en Washington, la capital federal de los Estados Unidos.

LA INDUSTRIALIZACION DE LOS ESTADOS UNIDOS (1815-1860)
II. La concentración de la industria en el Nordeste, según D. C. NORTH (1960)

El desarrollo económico anterior de la región (1793-1808) había sentado las bases de la futura industrialización.

En 1815, el Nordeste contaba ya con los principales centros urbanos y los mayores mercados de manufacturas: Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Boston. En un principio, las industrias establecidas en estas ciudades se habían orientado hacia los mercados locales, pero se habían ampliado gradualmente hasta abastecer todo el mercado regional.

La acumulación de capitales creada por el comercio exterior suponía unas amplias disponibilidades de créditos para la industria.

La localización industrial en la zona se vio estimulada por la existencia de una infraestructura adecuada: servicios portuarios, redes de almacenaje, y distribución y buenas comunicaciones con el interior.

Por su riqueza y potencialidad eran precisamente los puertos del Nordeste los grandes centros de emigración. Pero mientras para los emigrantes ingleses y alemanes constituían tan sólo una primera etapa en su penetración hacia el interior del país, los emigrantes irlandeses, con menos recursos, se quedaban en la región, constituyendo una permanente reserva de mano de obra barata.

En el adecuado aprovechamiento de estas ventajas y posibilidades jugó un gran papel la iniciativa de los empresarios y la calidad del trabajo.

En general, los empresarios estuvieron interesados en la adopción de innovaciones extranjeras y en el fomento de toda clase de invenciones nacionales que redujeran el costo del trabajo.

La enseñanza general obligatoria proveyó a la industria de una mano de obra instruida y calificada, preparada para una asimilación rápida de las técnicas modernas de producción, y no hostil a la mecanización, con la que puede competir.

Estos factores facilitaron la rapidez de la mecanización y su extensión a toda la industria.

Con las mismas condiciones en cuanto a acumulación de capitales y mano de obra barata, el Sur no se industrializó.

La alta rentabilidad del cultivo del algodón impidió que se emprendieran otras actividades.

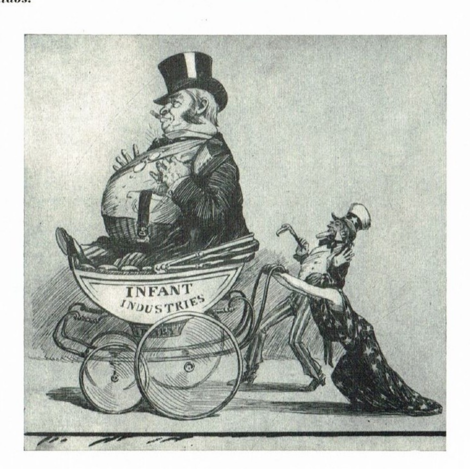
La baratura de los transportes hacía viables toda clase de importaciones.

Había pocos incentivos para la inversión en infraestructura, pues el transporte del algodón se hacía por vía fluvial y su sistema de almacenaje y distribución eran muy simples.

La especial estructura social de la región —minoría aristocrática y rica, masa esclava sumida en la mayor miseria— no favoreció la aparición de ninguna industria complementaria. Los grandes terratenientes cubrían todas sus necesidades en los mercados del Norte.

Andrew Johnson, presidente tras el asesinato de Lincoln (The National Portrait Gallery, Washington) y cuyos intentos de frenar la política de represalias sobre los estados del Sur sólo consiguieron indisponerlo con el Parlamento.

El tío Sam y su bebé, la Industria, en el cochecito que empuja el pueblo (caricatura de un periódico neoyorquino de fin de siglo). A cicatrizar las heridas de la guerra de Secesión contribuyó en gran medida el inmenso progreso de las industrias en el este de los Estados Unidos.



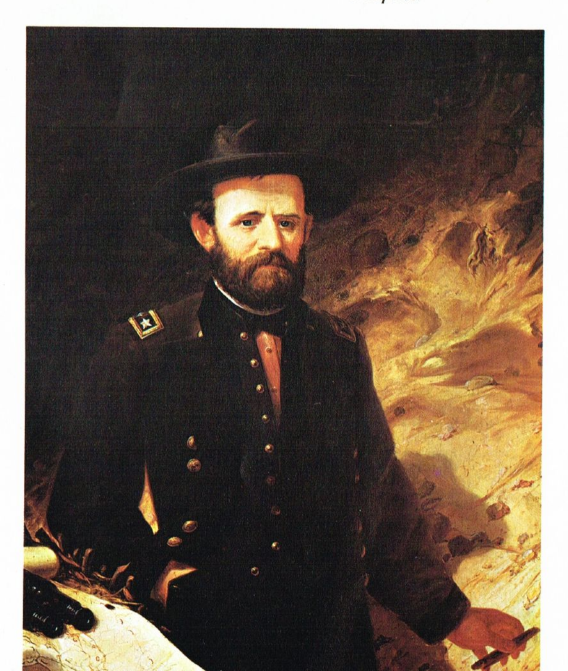
cada año debían libertarse algunos esclavos; pero con este proyecto la esclavitud no quedaría del todo eliminada de la Unión hasta el año 1900. ¡Qué extraño suena hoy esto de que habría podido haber esclavos en América hasta el fin del siglo si los sudistas hubiesen aceptado el plan de Lincoln! Es fácil que Lincoln hubiera incluso aceptado una idea de su ministro Seward de modificar la Constitución con una enmienda para elegir dos presidentes en lugar de uno. Cada presidente tendría veto individual; así el Norte podría poner veto a la política extremada del Sur, y viceversa. Seward también propuso reconstituir la Unión con un conflicto internacional. Quería provocar una guerra con Francia o Inglaterra para que el Sur se sintiera atraído a la causa americana por puro patriotismo. La guerra civil fue dura, larga y cruel, pero acaso preferible a estas soluciones de pasteleo.

Los estados del Sur empezaron las hostilidades el 13 de abril de 1861, apoderándose de Fort Sumter, en una isla fortificada de la



Caza del bisonte por los indios de Norteamérica, según grabado de G. Catlin (Biblioteca Nacional, París). La célebre conquista del Oeste (realizada a costa de los indios) se llevó a cabo tanto por la ingente cantidad de inmigrantes como por desposeídos de los estados del Sur.

Ulysses S. Grant, por O. P. H. Belling (The National Portrait Gallery, Washington). General en jefe de las tropas del Norte durante la guerra de Secesión (obtuvo la rendición de Lee en Appomatox), fue después secretario de Guerra y elegido presidente de los Estados Unidos en 1868 y reelegido cuatro años después. Se mostró a veces excesivamente severo con los estados vencidos y se dejó influir por especuladores y políticos corrompidos.



bahía de Charleston. Lincoln respondió con una proclama para alistar 75.000 voluntarios en el ejército de la Unión. En su proclama Lincoln declaraba que "el curso ordinario del procedimiento judicial era impotente para conseguir el respeto de la ley". Era la declaración de guerra: veintitrés estados del Norte contra once del Sur. Pero en los ejércitos de la Unión, como en los ejércitos de la Confederación del Sur, había voluntarios del otro campo. Aristócratas de Baltimore, Filadelfia y Nueva York consideraban justa la causa de los separatistas y preferible su tipo de civilización esclavista al régimen semidemocrático que producía el industrialismo naciente. Al comenzar las hostilidades había cinco millones de blancos en el Sur y algo más de tres millones de esclavos. El Norte doblaba el número de blancos; los ejércitos movilizados por el Sur representaban también esta diferencia: la Unión alistó en sus ejércitos más de dos millones de soldados en los cinco años que duró la guerra; el Sur no pudo reclutar más de ochocientos mil. En 1890 los veteranos pensionados eran más de un millón de los ejércitos unionistas y casi medio millón de sudistas. Pero la balanza de fuerza y de recursos estaba casi equilibrada. El Sur tenía más homogeneidad y peleaba en defensa de su territorio y de un régimen que creía justo, apropiado a la naturaleza.

La guerra, con la excepción de Lincoln, no reveló ninguna gran personalidad. Los

EL NUEVO COLONIALISMO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Consolidada su expansión en las tierras continentales, desde el Atlántico al Pacífico; conseguidos sus objetivos de mermar al máximo los antiguos territorios coloniales hispanos que formaban parte de la República de México; definidos los límites con los intereses británicos en el Canadá, el expansionismo y los intereses de los dirigentes de la que muy pronto se erigiría como una de las grandes potencias mundiales se orientaron a la constitución –paralela al fabuloso desarrollo de sus actividades capitalistas– de líneas de influencia y de zonas de intervencionismo que, de hecho, dibujarían en el panorama contemporáneo del mundo occidental una nueva y distinta faceta de acción colonial.

En este sentido, junto a la peculiar interpretación norteamericana de la doctrina del presidente Monroe, englobada en torno, a partir de 1823, del *slogan* de "América para los americanos" (que, de hecho, para muchos poderosos dirigentes norteamericanos pasaría a significar: "América para los norteamericanos USA"), se iniciaría una política muy variada de penetración en diversas zonas del continente americano más o menos alejadas del conjunto territorial estricto –formidable y poderoso– que constituían, desde el Atlántico al Pacífico, los Estados Unidos de América. Así, por ejemplo, en el Norte comprarían a Rusia, en 1867, los territorios de Alaska y proseguirían, más o menos paulatinamente, una política colonial en aquellas extensas regiones, hasta llegar –en pleno siglo XX– a constituirlas en un estado más de la Unión.

En otros puntos de América, la acción de los intereses norteamericanos se dejaría sentir asimismo con especial ímpetu, hasta llegar al extremo, a principios del siglo XX, de promover conflictos en Colombia e incitar la independencia de la pequeña república de Panamá, a fin de obtener el monopolio de la construcción del canal de Panamá y, con la concesión, la ocupación y control de dicha zona limítrofe. Estos hechos, ocurridos entre 1902 y 1904 (a pesar de que el canal, estratégico paso entre dos océanos, de importancia capital, no tendrá lugar hasta 1914), fueron precedidos, desde principios del siglo XIX, por innumerables actos de intervencionismo norteamericano en diversas zonas del Nuevo Continente.

Dejando ahora al margen el hecho –diplomáticamente inteligente– de que los Estados Unidos reconocieran la independencia de las antiguas colonias españolas en 1822, al margen de rentables operaciones para la Unión como la compra, en 1819, de La Florida a la corona de España en la época crucial y desastrosa de Fernando VII, entre el mencionado año 1819 y el 1825 tienen lugar las primeras y famosas intervenciones norteamericanas en las Antillas y zona del Caribe en general. En 1836 habían logrado asimismo el éxito de conseguir poner en marcha los levantamientos de California y Texas, comenzando a mermar el territorio de la antigua colonia hispana de México, al tiempo que agentes y aventureros norteamericanos tanteaban las posibilidades de territorios más alejados; tal sucedió, por ejemplo y de modo especial, entre 1855 y 1857 con Walker, que, después de apoderarse de Nicaragua (país que sufrirá larga y constantemente el intervencionismo norteamericano), se enfrentará con Honduras y El Salvador, siendo finalmente fusilado en 1857.

El intervencionismo en el nuevo continente, tras los dramáticos acontecimientos de 1898 con Cuba y Puerto Rico (isla esta última que pasaría a ser directa y claramente colonia de los Estados Unidos), se acentuaría a lo largo del presente siglo, no sin ofrecer, en el mismo año 1898, el ejemplo de su intervención (a través del hombre que consideraron adecuado, Estrada Barrios) en Guatemala, país donde los intereses americanos ofrecerán un amplio campo para el observador hasta llegar a los acontecimientos culminantes en las últimas décadas, que llevaron al derrocamiento del liberal presidente Arbenz.

En efecto, durante el presente siglo, tras la conferencia panamericana de 1890 en Washington, los Estados Unidos multiplicarán su intervención y sus modalidades, más o menos matizadas, de actividad colonial en el Nuevo Continente. No sólo se trata, por ejemplo, de los acontecimientos de Santo Domingo, que, tras el tratado de 1924, darían poder al presidente Horacio Vázquez, para iniciar muy pronto, en 1930, la compleja y peculiar "era Trujillo", con la secuela de que en los últimos años, tras el asesinato del general Leónidas Trujillo, el gobierno norteamericano no ha vacilado en intervenir en los asuntos de Santo Domingo, hasta el extremo de desembarcar contingentes de fuerzas armadas, ni tampoco la abierta intervención y control económico de Wall Street en la mayoría de países americanos, sino de hechos tan significativos además como los de la presencia de la flota norteamericana en 1909 frente a Nicaragua, culminando con el desembarco de los marines norteamericanos en dicho país el año 1912 –en el mismo año, otra flota norteamericana se dirigirá a Honduras– y la firma del tratado Bryand-Chamorro de 1916. Paralelamente, los Estados Unidos intervendrían activamente en los acontecimientos de la revolución mexicana y serían una pieza clave frente al movimiento popular de Sandino en Nicaragua, país en el que acabarían, de hecho, instalando una república oligárquica, prácticamente hereditaria en la familia Somoza...

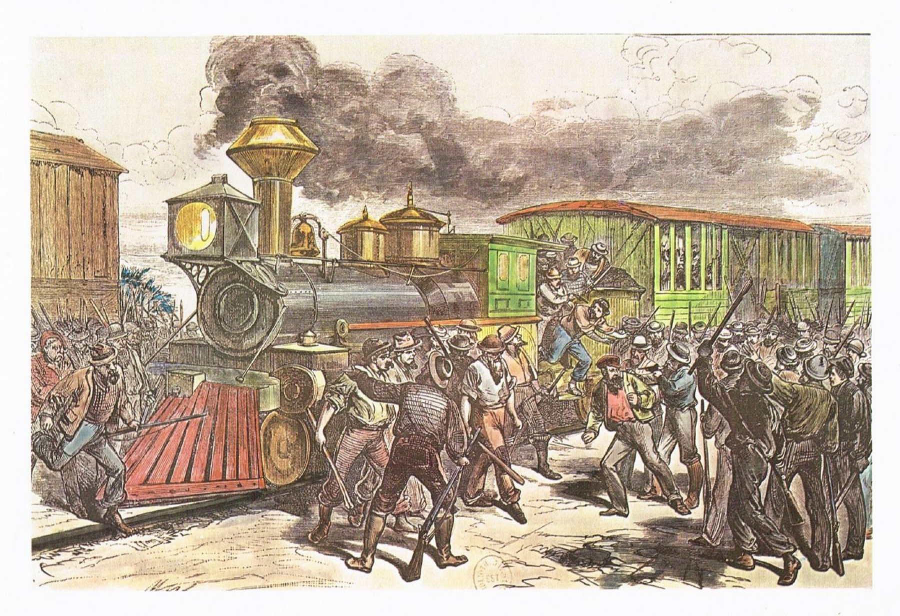
Pero las actividades peculiares y variadas de los Estados Unidos en el terreno colonial no se limitarían al Nuevo Continente. Dejaremos ahora al margen el verdadero significado del pretendido gesto filantrópico de la creación en África de la República de Liberia, de ex esclavos norteamericanos. Lo cierto es que a lo largo del presente siglo se verá a los Estados Unidos intervenir en los asuntos africanos de mil modos distintos, pero muy especialmente en los asuntos de Oceanía, a costa, al igual que en el Caribe, de España y, por otra parte, tomando iniciativas muy significativas y peculiares. Así, alrededor de 1852 se inicia la penetración e influencia de los Estados Unidos en las islas Sandwich o Hawai, en las que claramente proclamarán primero su protectorado (en 1893), tras haber culminado una serie de ventajosas actividades con el tratado de comercio Estados Unidos-Hawai de 1876. Finalmente, en 1898 el gobierno norteamericano proclama solemnemente la anexión de las Hawai, al tiempo que se anexiona la isla Wake y adquiere la estratégica isla de Guam.

Paralelamente, tras la desgraciada guerra que España sostiene con los Estados Unidos, esta potencia se apodera de las islas Filipinas, que le plantearán problemas de rebelión y de anhelos independentistas –por los cuales habían luchado durante años y años– en 1899 y 1902, fecha en que la potencia norteamericana pone, en el mes de abril, final a la resistencia de los patriotas filipinos. Por otra parte, si en 1887 los dirigentes norteamericanos habían conseguido la concesión del importante centro de Pearl Harbour, a partir de 1921 ratifican y consolidan sus posiciones con la celebración de la conferencia sobre el Pacífico en Washington.

Como era de esperar, la creciente penetración de los Estados Unidos en la zona del Pacífico debería enfrentarlos, más o menos abiertamente, con el Japón, hasta llegar en 1941 al punto culminante de la segunda Guerra Mundial. El triunfo de los Estados Unidos sobre el Imperio nipón no sólo ratificó su influencia en aquella zona, sino que le sirvió para obtener importantes bazas en puntos tan estratégicos como Okinawa.

Asimismo, la concesión de la independencia a las Filipinas no ha supuesto una mengua real del papel de los Estados Unidos en el Pacífico, máxime cuando han sabido utilizar para las islas Hawai el mismo sistema de consolidación y de integración utilizado en los antiguos territorios de Alaska. Es decir, técnicamente las islas Hawai ya no son una colonia norteamericana, sino que constituyen, con igualdad de derechos respecto a los demás, un estado de la Unión. Un estado estratégico y sumamente rentable.

A. J.



Huelga en la línea de ferrocarril Baltimore-Ohio (Biblioteca Nacional, París). La construcción de los ferrocarriles constituyó uno de los negocios turbios más fabulosos de los organizados en Norteamérica. Al mismo tiempo, las represiones sobre cualquier tipo de actividad obrera fueron terribles.

ministros de Lincoln no eran ni de talla de colaboradores; en el gobierno de los confederados ni el presidente Davis era digno de representar la nueva nación que se pretendía crear en el Sur. Los estadistas y políticos confederados dieron pruebas de no tener siquiera imaginación. Hicieron una bandera repitiendo los colores de la Unión y poniendo sólo rayas verticales rojas en lugar de las rayas rojas horizontales. Aprobaron una Constitución que repetía literalmente, sin cambiar ni una coma, la Constitución aprobada en el Congreso de Filadelfia el año 1787, sólo con la variante de unas líneas reconociendo la esclavitud, y modificando el preámbulo para decir que "la Constitución de los estados confederados de América se establecía por estos mismos estados, que actuaban con carácter totalmente independiente y soberano".

Los generales de ambos grupos beligerantes no dieron tampoco pruebas de gran capacidad. La cabalgata de Sherman y Sheridan, que llegaron hasta la costa desde el Mississippi, una de las hazañas más famosas, no fue más que una razzia para llevar terror y destrucción a tierras del Sur. La mortalidad en los ejércitos, por falta de prudencia a veces, otras por poco cuidado en atender a detalles de la topografía del país, fue enorme. Finalmente, el 2 de abril del año 1865, el general Grant conseguía envolver al grueso del ejército confederado a las órdenes de Lee. La rendición se firmó en una pequeña casa del pueblo de Appomattox. Los confederados hubieran podido forzar el círculo de batallones de la Unión y escapar hacia el Sur con su ejército diezmado, pero Lee dijo a Grant: "Ahora es nuestro deber vivir y ayudar con nuestras mujeres e hijos en la gran obra de reconstrucción".

Al discutir los detalles de la rendición, Grant dijo a Lee: "Los soldados de vuestro ejército que tengan caballo, quédenselo y lléveselo a sus casas; lo necesitan para trabajar los campos". Al salir Lee de la casa de Appomattox, donde se había firmado el acta de la rendición, los soldados de la Unión empezaban a manifestar la alegría de la victoria, pero Grant intervino, pues "la guerra está acabada y no debemos regocijarnos, porque a quienes hemos vencido son nuestros compatriotas".

Poco antes de terminar la guerra Lincoln fue reelegido presidente. El segundo discur-



El descubrimiento de oro en California (Biblioteca Nacional, París), hecho que conmovió no sólo a Estados Unidos, sino al mundo entero y creó una fiebre del oro que contribuyó ampliamente al poblamiento de las regiones del Pacífico.

so inaugural terminaba con estas nobles sentencias: "Sin malicia para nadie, con caridad para todos, con firmeza para lo justo como Dios nos lo hace ver justo, apresurémonos a curar las heridas de la nación, a cuidar de las víctimas de la guerra, de las viudas y huérfanos, y a continuar nuestras empresas en paz durable entre nosotros y para con las demás naciones".

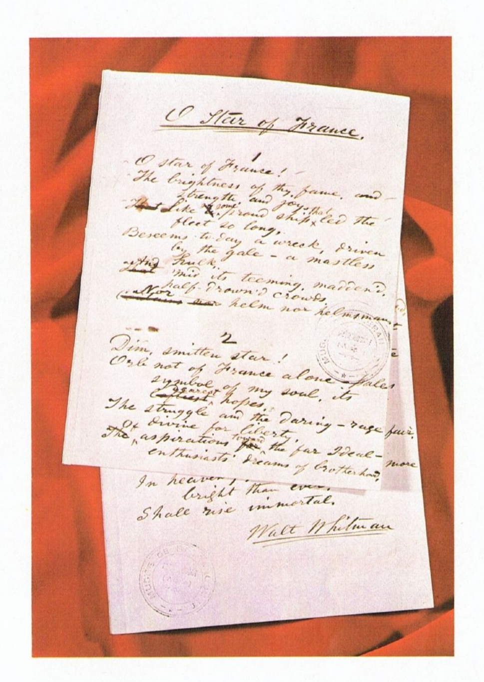
Así hablaba Lincoln el día de tomar posesión de la presidencia por segundo término, pero fue asesinado pocos días después y su espíritu quedó ahogado por los que conservaban todavía el rencor de la guerra civil. El Sur tuvo que pasar por la humillación de un gobierno de vencedores; se le dividió en cuatro grandes regiones que administraron generales nombrados por el presidente. Esta época, que se llamó era de reconstrucción, fue en realidad era de venganza. Algunos políticos del Norte consideraban que el Sur "lo había jugado todo a una carta y lo había perdido". Impusieron gobernadores negros y expropiaciones sin cuento. El vicepresidente Johnson, a quien la muerte de Lincoln elevó automáticamente a la presidencia, quiso frenar la política de represalias, logrando sólo enemistarse con el Parlamento. Éste aprovechó una excusa que le dio un subalterno despedido, a su entender injustamente, por Johnson, para encausar al presidente. Con arreglo a la Constitución, el Parlamento acusó al presidente llevándolo a la barra del Senado... Pero los Estados Unidos no procedieron, ni aun en aquel momento de pasión, con la ligereza de algunas naciones seudorrepublicanas del Viejo Mundo. Johnson se defendió, y aunque sólo venció su causa por un voto de mayoría –tal era la pasión–, fue exculpado y continuó en su cargo. Por esta misma pasión el Sur tardó varios años en ser reconocido y aceptado en el seno de la Unión con los mismos derechos de los estados que se habían mantenido leales. Puede decirse que la nación americana no quedó unificada y consolidada hasta que fue liquidada la crisis de la guerra civil. Había pasado casi un siglo desde la Declaración de la Independencia en el año 1776... Se habían necesitado varias revoluciones, invasiones y conquistas para poderse dar cuenta el pueblo americano de su carácter peculiar como nación y sus posibilidades en el concurso de las demás naciones.

La cicatrización de las heridas que causó la guerra civil en los Estados Unidos fue más fácil porque la nación tenía enormes distracciones. ¡Espectáculo fantástico! Rápido progreso de sus industrias en el Este, población de inmensos espacios en el Oeste y, por fin, tremenda inmigración. Los emigrantes recién llegados, que arribaban cada año por millo-

nes, no sabían ni querían saber nada de los excesos de la guerra civil. Actuaban como inconscientes intermediarios entre los enemigos de la misma nación. La conquista del Oeste –que permitía a los desposeídos de sus patrimonios del Sur irse a establecer en las regiones más anchas y más fértiles de Kansas o California– les hacía no sólo olvidar, sino hasta bendecir la guerra civil, que les había echado de sus tierras esquilmadas por siglos de cultivo y terminado su vida soñolienta de "caballeros" esclavistas. Además era el momento de expansión, y todos los industriales reclamaban asociados, capitalistas o comisionistas, que se enriquecían fabulosamente sólo con mantener el negocio al compás del pulso de la nación con fiebre de crecimiento.

Desde la muerte de Lincoln hasta la guerra con España, en 1898, los Estados Unidos tuvieron una época de gran prosperidad, pero también de gran inmoralidad. Sobre todo se abusó de la Bolsa para la constitución y explotación de los ferrocarriles que iban a atravesar el continente en líneas a veces paralelas, duplicando servicios. Las compañías recibían concesiones gubernamentales de dinero y de terrenos a lo largo de las vías y éstos se malvendían a compañías subsidiarias, con gran provecho de sus directores. Los políticos participaban descaradamente en los negocios; uno de los magnates ferroviarios se alababa de tener a sueldo la mitad y uno más de los votos que necesitaba para hacer aprobar leyes en cada estado y en el Parlamento federal.

Eliminado el Sur, las tarifas aduaneras eran más que proteccionistas, eran prohibitorias. En realidad, la industria americana a fines del siglo XIX era un monopolio; las grandes empresas estaban asociadas formando gigantescos *trusts.* No había necesidad de mercados extranjeros; el crecimiento descomunal del país consumía todo lo que podían producir las fábricas. Además se explotaba a los obreros importados como rebaños de Ucrania, Hungría, Irlanda o Italia, sin el menor sentimiento de humanidad o de decencia. Si protestaban del trato que recibían en aquella Tierra de Promisión, tan diferente de como se la habían pintado los agentes de la emigración allá en el Viejo Mundo, eran considerados sospechosos y despedidos de las fábricas. Si intentaban organizarse en sociedades obreras, eran perseguidos como criminales. Las grandes empresas tenían en sus fábricas delatores, policía secreta y guardias armados que reprimían a tiros todo conato de huelga o coacción socialista. La gran industria disfrutaba de inmunidad porque estaba protegida por la *Kabala,* o camarilla parlamentaria de unos cuantos amigos del presidente.



O Star of France.

1

O star of France!
The brightness of thy fame, and strength, and joy,
Like some proud ship that led the fleet so long,
Beseems to-day a wreck, driven by the gale – a mastless hulk,
And 'mid its teeming, madden'd, half-drown'd crowds,
Nor helm nor helmsman.

2

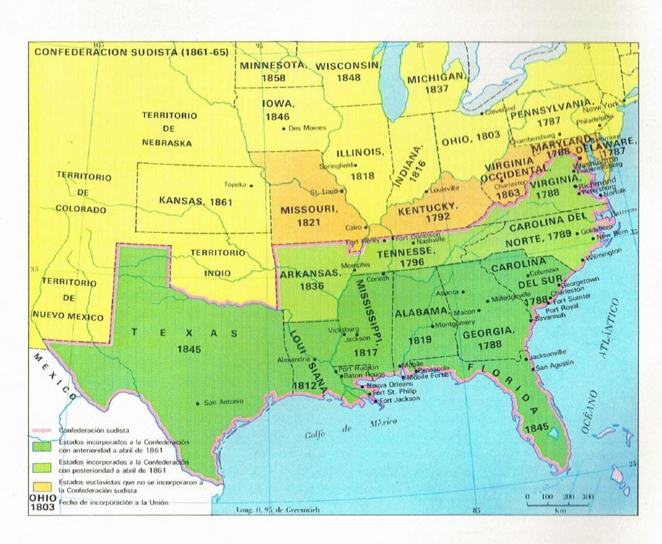
Dim, smitten star!
Orb not of France alone – pale symbol of my soul, its dearest hopes,
The struggle and the daring – rage divine for liberty,
Of aspirations toward the far Ideal – enthusiasts' dreams of brotherhood,
In heaven, ... more bright than ever,
Shall rise immortal.

Walt Whitman

Poesía autógrafa de Walt Whitman, el cantor de la democracia norteamericana de fines del siglo XIX (Museo de Blerancourt, París).

Las riquezas acumuladas en especulaciones de Bolsa, terrenos, ferrocarriles o industrias servían sólo para demostrar la incultura y pésimo gusto de los millonarios americanos. Fue la época de las novelas de Mark Twain, como *Innocents abroad,* ridiculizando al palurdo yanqui, desplumado y burlado por el europeo. Los periódicos de Nueva York publicaban anuncios en que se ofrecían duques o príncipes de buen parecer y títulos auténticos a las herederas de los magnates de la Quinta Avenida. Y, ¡contraste singular!, fue entonces, en aquella confusión y barahúnda de inmoralidad y progreso, cuando habló, cantó, predicó, profetizó en los Estados Unidos su único gran poeta, el gran vate moderno, el creyente en la democracia: Walt Whitman. La América de entonces lo repudió, y todavía hoy Walt Whitman es más conocido en el extranjero que en los Estados Unidos. Pero se tendrá siempre que acudir a Walt Whitman para comprender la fe en la democracia de los hombres de fines del si-

Aspecto parcial de las islas Hawai, archipiélago adquirido por Estados Unidos en 1871 y cuya posesión significó, con la compra de Alaska, el descubrimiento del Destino Manifiesto hacia la hegemonía imperial.



glo XIX. Era un ideal casi religioso, como ahora es para las masas el comunismo totalitario. Para Walt Whitman la mezcla, la confusión, el *melting pot* de su país era sólo para producir no una nación, ni una raza, sino una humanidad de hombres libres y conscientes. Era la fe de Lincoln en una humanidad que sería una hermandad. "¡Venid! –cantaba Walt Whitman–, tú, el negro; tú, el rubio; tú, el piel roja; ¡vamos!, ¡vamos!, ¡marchemos! todos a una, hacia allá... ¡vamos cantando!..."

Dónde y cómo ir no lo precisó Walt Whitman ni tampoco Lincoln –por de pronto a Broadway y Wall Street; después veremos–. Ésta es la gran deuda que tienen los americanos con la Humanidad doliente; algo más que un grito de ¡Viva la democracia!, y más precioso y moderno que su estatuto de la Constitución del 1787.

En aquel período de inmoralidad política la Unión continuó creciendo en territorio sin que nadie se empeñara en su engrandecimiento. En 1867, Rusia ofreció ceder Alaska por diez millones. Se encontró caro, se discutió el precio y por fin la compra quedó concertada en 7.200.000 dólares. Se calcula que con sus minas, pieles y otros recursos naturales, Alaska ha producido ya más de ciento cincuenta veces lo que costó, y tan enorme ha sido su evolución, que en 1959 pasó a ser un estado de la Unión.

El archipiélago de Hawai (también estado desde 1959) fue adquirido sin esfuerzo por intrigas de misioneros protestantes, que supieron desencadenar o aprovechar una gue-



El almirante R. D. Evans, por A. Franzen (The National Portrait Gallery, Washington). Este marino norteamericano al declararse la guerra entre Estados Unidos y España mandaba el acorazado "Iowa", que contribuyó al bloqueo y destrucción de la armada del almirante Cervera. Más adelante publicó escritos en que defendía el derecho a la expansión de los Estados Unidos por mar.



Billete de la isla de Cuba (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona). El Destino Manifiesto de los Estados Unidos les llevó a intervenir en la lucha que Cuba mantenía por hacerse independiente de España.



Captura de un velero español por un buque norteamericano durante la guerra entre ambas naciones provocada por la intervención de Estados Unidos en la contienda hispanocubana (Biblioteca Nacional, París).

LA URBANIZACION EN ESTADOS UNIDOS

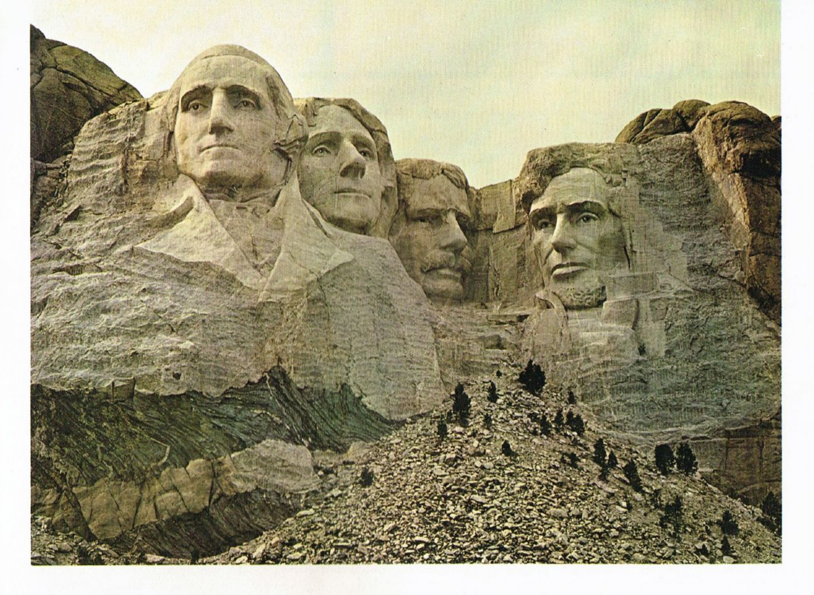
En América del Norte, continente nuevo, urbanización e industrialización son fenómenos estrechamente relacionados. El desarrollo económico es el factor exclusivo del proceso urbanizador. Para M. Castells, la urbanización americana se caracterizaría por su rápida expansión y por el predominio de una forma especial de crecimiento urbano, la metrópoli. La ciudad-región resultaría de la misma aceleración del crecimiento económico, de la polarización de dicho crecimiento en determinados puntos y de la tendencia de los inmigrantes a dirigirse preferentemente a núcleos urbanos de cierta importancia.

Año	Porcentaje de poblamiento urbano	Año	Porcentaje de poblamiento urbano
1790	5,1	1880	28,2
1800	6,1	1890	35,1
1810	7,3	1900	39,7
1820	7,2	1910	45,7
1830	8,8	1920	51,2
1840	10,8	1930	56,2
1850	15,3	1940	56,5
1860	19,8	1950	59,0
1870	25,7	1960	63,0

Fuente: "U. S. Census".

rra civil el año 1871. A éste siguió Samoa. No es extraño que en vista de tantos engrandecimientos provinciales se empezara a descubrir entonces lo que se llamó el destino manifiesto de los Estados Unidos a una hegemonía imperial. El destino manifiesto ha excusado todos los crímenes y todas las arbitrariedades no sólo en los Estados Unidos, sino en todos los países. Mal van entonces las cosas para la justicia y el derecho, pero peor aún para el pueblo que se cree obligado por el destino a atropellar a sus vecinos.

Así, por el romántico concepto de su destino de salvador y por el interés económico, los Estados Unidos se creyeron obligados a intervenir en la guerra que Cuba sostenía contra España para recabar su independencia. Cuando los ejércitos yanquis llegaron a



Cabezas de los presidentes Washington, Jefferson, Theodore Roosevelt y Lincoln ejecutadas por Jean Gutzon de la Motte Borglum en Mount Rushmore (Dakota del Sur).

la isla, los cubanos tenían enfrente un enemigo desmoralizado y vencido. Con todo, al firmar la paz, siempre creyendo en su destino manifiesto, exigieron la cesión de Puerto Rico, un tratamiento de tutor en Cuba para poder intervenir siempre que ellos lo creyeran oportuno y, por último, la venta o cesión del archipiélago de las Filipinas por la cantidad de diez millones de dólares.

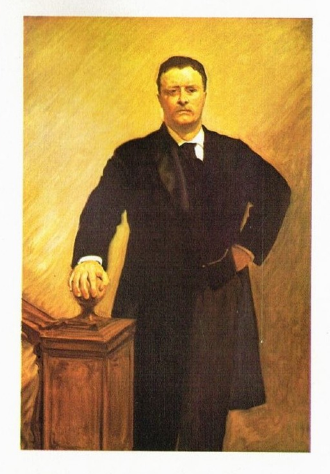
La guerra con España, tan fácil y tan provechosa, reveló a los Estados Unidos unas posibilidades de expansión más rápidas que la gradual anexión de territorios en el propio continente. Entonces empezó la llamada "política del dólar", un nuevo tipo de imperialismo de conquistar concediendo empréstitos a naciones menores y sobornar su política con propinas. El sistema consistía en permitir a los Bancos privados adelantar dinero a las repúblicas del Caribe y de la América hispana, que después el gobierno yanqui consideraba requerían intervención y secuestro de las aduanas.

Esta política empezó ya en tiempo de Mac Kinley, pero se llevó a la perfección por Theodore Roosevelt. Su máxima aplicación fue para conseguir la construcción del canal de Panamá. Hay que reconocer que era una necesidad para los Estados Unidos el canal en el istmo. Pero la "operación" se hizo con una falta tal de respeto para Colombia, a quien pertenecía la región del canal, que todavía hoy aquel episodio hace sonrojar a los americanos, más delicados actualmente en materia de política internacional que lo fueran en el año 1903. Un aventurero francés, Bunau-Varilla, contando con recursos norteamericanos, fomentó una revolución en la zona del istmo, que se separó de Colombia. El nuevo estado se constituyó en república independiente y a los pocos días fue reconocida por los Estados Unidos, que compraron a la flamante República de Panamá la zona donde debía construirse el canal y en la cual tienen absoluta soberanía.

La política del dólar ha fracasado por su propia exageración. Mientras se redujo a prestar dinero y sobornar a presidentes o a sus yernos en las pequeñas repúblicas de Centroamérica, Haití y Santo Domingo funcionó con excelentes resultados; pero los empréstitos a las repúblicas de Sudamérica no pueden cobrarse desembarcando una compañía de marinos, y actualmente los Estados Unidos tienen miles de millones de dólares empleados en empréstitos tan enteramente incobrables, que les han hecho perder la ambición de intervenir en la América hispana más que como *good neighbours* o buenos vecinos.

BIBLIOGRAFIA

Bead, Ch. y M.	*Histoire des États Unis,* París, 1962.
Belz, H.	*Reconstructing the Union. Theory and Policy during the Civil War,* Nueva York, 1969.
Bernath, S. L.	*Squall across the Atlantic. American Civil War, prize, cases and diplomacy,* Berkeley y Los Ángeles, 1970.
Bolt, Ch.	*The Anti-slavery Movement and Reconstruction. A study in Angloamerican cooperation (1833-1877),* Oxford Univ. Press, 1969.
Braudel, F.	*Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social,* Madrid, 1969 (1.ª reimpresión).
Clough, Sh. B.	*Histoire économique des États Unis depuis la guerre de Sécession,* París, 1953.
Cole, G. D. H.	*Introducción a la historia económica, 1750-1950,* México, 1957.
Commager, H. S.	*Immigration and American History,* Minneapolis, 1961.
Chapey, J.	*L'histoire générale de la civilisation d'Occident de 1870 à 1950;* tomo I: *1870-1914,* París, 1950.
Fabre, M.	*Esclaves et planteurs dans le sud-américain au XIXe siècle,* París, 1970.
Febvre, L.	*La terre et l'évolution humaine,* en la colección "L'évolution de l'Humanité", París, 1949.
Furtado, C.	*La hegemonía de los U.S.A. y América Latina,* Madrid, 1971.
Girard, L.	*Histoire sociale des États Unis de 1865 à 1940,* en "Centre de Documentation Universitaire", París, 1961.
Grousset, R.; Léonard, E. G., y cols.	*Histoire Universelle,* tomo III, en "Encyclopédie de la Pléiade", París, 1958.
Jones, P. d'A.	*La sociedad consumidora. Historia del capitalismo estadounidense,* México, 1965.
Lerner, M.	*La civilisation américaine,* París, 1961.
Logan, R.	*The Negro in the United States,* Londres, 1970.
Marjolin, R.	*L'évolution du syndicalisme aux États Unis, de Washington à Roosevelt,* París, 1935.
Mommsen, W. J.	*La época del imperialismo (1885-1918),* Madrid-México, 1971.
Morison, S. E.; Commager, H. S., y Leuchtenburg, W. E.	*The Growth of the American Republic,* Oxford Univ. Press, 1969.
North, D. C.	*U. S. Economic Growth between 1970 and 1860,* Washington, 1960.
Pasquet, D.	*Histoire politique et sociale des peuples américains* (3 vols.), París, 1931.
Rouberol, J., y Chardonnet, J.	*Les sudistes,* París, 1971.
Siegfried, A.	*Tableau des États Unis,* París, 1954.



Theodore Roosevelt, por J. Singer Sargent (U. S. Naval Academy, Annapolis). La "política del dólar", iniciada en la época de Mac Kinley, halló su más perfecta aplicación en el mandato del primer Roosevelt con la independencia de Panamá y la construcción del célebre canal.